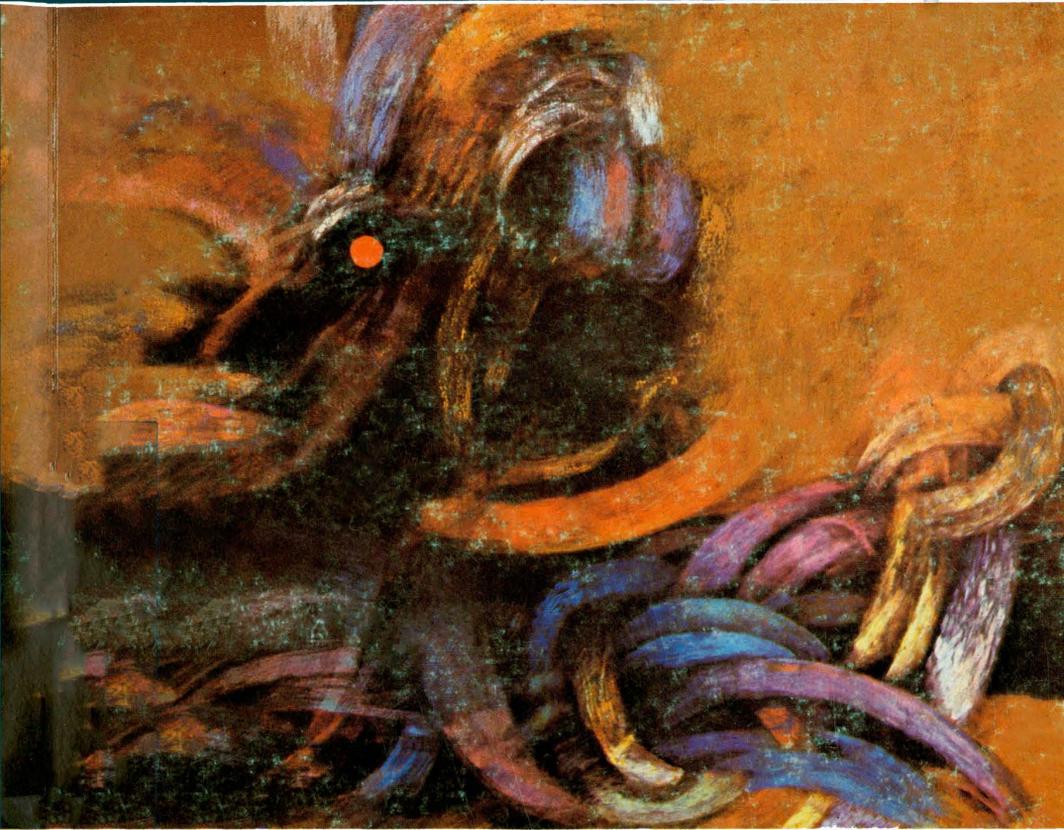


ecuador DEBATE

ABRIL DE 1988

QUITO—ECUADOR



UTOPIA Y SOCIEDAD

15

BIBLIOTECA



FLACSO
ECUADOR

ecuador DEBATE



quito - ecuador

ecuador DEBATE

DIRECTOR; José Sánchez-Parga

CONSEJO EDITORIAL: Galo Ramón, Manuel Chiriboga, Byron Toledo, Jaime Borja, Francisco Rhon Dávila, José Sánchez-Parga, Lenny Field, Iván Cisneros.

COMITE DE REDACCION: Patricia Ramos, Campo Burbano, Mauro Cifuentes, José Bedoya, Guillermo Terán, Juan Carlos Ribadeneira, José Sola, José Mora Domo, Lenny Field, Fredy Rivera.

COMITE ASESOR: Andrés Guerrero, Hernán Rodas, Juan Pablo Pérez, Francisco Gangotena.

DISEÑO Y DIAGRAMACION:
Vladimir Lafebre

PORTADA:

PINTURA DE FERNANDO TORRES

1500 Ejemplares

Impreso en Talleres CAAP

Fotomecánica: Gonzalo Acosta

Composer: Marcia Collaguazo

Centro Andino de Acción Popular

Quito - Ecuador



PRECIO 500 SUCRES

ecuador DEBATE

La revista Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular -CAAP-, bajo cuya responsabilidad se edita.

Junta Directiva del CAAP: José Laso Ribadeneira, Manuel Chiriboga, Agustín Armas, Francisco Rhon Dávila, Marco Romero.

Director Ejecutivo: Francisco Rhon Dávila.

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	<i>Suscripción</i>	<i>Ejemplar suelto</i>
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Otros países</i>	<i>US\$ 15</i>	<i>US\$ 5</i>
<i>Ecuador</i>	<i>\$ 1450</i>	<i>\$ 500</i>

La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173 - B Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre.

El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité editorial

Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.

El material publicado en la Revista podrá ser reproducido total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.

El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.



Indice

	Pg.
EDITORIAL	5
 COYUNTURA	
ELECCIONES: RENOVACION EN LA CRISIS O CONSTRUCCION DE LA DEMOCRACIA REAL	
Comité de Redacción Ecuador-Debate	9
 ESTUDIOS – ANALISIS	
PARA PENSAR LA UTOPIA	
J. de Olano	21
 UTOPIA Y ALTERNATIVA POPULAR ANTE LA DEUDA EXTERNA	
José Luis Coraggio	43
 MATRICES DE LA UTOPIA ANDINA: ACUERDOS Y DISENCIONES	
José Sánchez-Parga	101
 LA AUSENCIA DE UTOPIA COMO COMPONENTE DE LA CRISIS URBANA	
Fernando Carrión	159

LA UTOPIA RELIGIOSA EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Mons. Luis Luna Tobar 189

LA UTOPIA DE LA ECOLOGIA

Vladimir Serrano 201

CAMPESINOS, UTOPIA Y PLANIFICACION

Manuel Chiriboga 231

LA UTOPIA RELIGIOSA EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Fr. Luis Luna Tobar, O. C. D.
Arzobispo de Cuenca

Contamos con una interpretación de “utopía” que, desligada de lo imposible ideal, resulta un posible difícil que, por lo mismo, está muy dentro de lo que llamamos cristiano: lo crucificado, comprometido, perseguido o, al menos, incomprendido. Es riesgo de lo utópico la incomprensión y basta con saberlo y esperarlo. Marcos da a entender (9, 6) que Pedro, cuando vio a Cristo transfigurado y confirmó su sospecha de la divinidad del Maestro, se enloqueció de tal forma que pretendió mantener la divinidad en una choza y hacerla con su mano, sin saber nada del oficio de constructor. Sin embargo, la actitud de Pedro fue un caso de auténtica utopía y profetizó lo que nuestra fe anuncia y vive: Dios en el hombre, Cristo en nosotros. Quevedo define al hombre: “polvo enamorado”.

Es indiscutible que la utopía, al estilo Bloch, se proyecta en todos los órdenes personales y sociales. Fatigados de un realismo craso o de un idealismo inútil, pretendemos conjugar el posible difícil en lo privado y en lo comunitario. Lo personal tiene su espacio propio de desarrollo y su tiempo y lugar de crisis. La conciencia se encarga generalmente, de no mediar alienaciones o aculturaciones, de centrar lo utópico, de quitarle elementos de imaginación y fantasía y dar realismos a quien lo busca y sigue.

Pero cuando se trata de una actitud social utópica, que también podría llamarse una real utopía comunitaria, nos enfrentamos con una fuerza a la que no se puede dejar sola sin defraudarla muy profundamente: el pueblo, los grupos en proceso de comunidad, las comunidades; originalmente heterogéneas, cuando comienzan a asimilarse, exigen vivir sus utopías, sentir las posibles, por difíciles que fueran, luchar. . . En este instante, algunos pensadores, sin mucho afincamiento en la práctica —tal vez predicadores sin pastoral— comienzan a encontrar que lo utópico siempre litigará o al menos, tropezará con lo conocido y practicado; y si esto se traslada al sentimiento social religioso, se dirá que lo utópico es la antítesis de lo devocional, sacramental, etc. Aquí comienza la “guerra entre santos”, que diría Teresa de Jesús.

De allí que, en lo presente, sea muy difícil un intento de análisis de la utopía religiosa vivida en comunidad, al menos si en ese análisis no se procede con mucha paz, sin caminar con bordes ni alternativas extremas, sino por el sendero, siempre estrecho, pero auténtico, que lleva a la fuente: a la “palabra” que inspira y realiza toda la realidad religiosa, tal como la siente, vive, rechaza o fuga la sociedad actual.

Reconozcamos que nuestra sociedad no es dogmáticamente irreligiosa. Por ausencia de conocimientos teológicos y por super-

abundancia de logros técnicos, lo religioso no entra muy claramente, en cuanto dogma, en el espacio social presente. Por eso hay florecimiento de ciertas expresiones de piedad sensible, muy emocionales. Lo sensible se acerca a la praxis con facilidad, aunque su eficacia práctica sea muy contingente y fugaz. Por eso también los movimientos apostólicos austeros, profundizadores de la "palabra de Dios", cundan combatidos. También acontece que, de la ausencia de profundización teológica, sobreviene una tendencia religiosa activista, que reduce la expresión de fe a una lucha por la justicia o a sistemas pasajeros de promoción misericordiosa.

Ante la evidencia de una situación social religiosa en la que se pretende fijar todo en lo sensible y se olvidan las raíces de fe, que fundamentan la praxis de justicia y solidaridad, al analizar nuestra situación creyente de cara a la utopía, tenemos que ubicarnos con mucho realismo, en situaciones muy definidas. De esa forma podemos y debemos afirmar que la auténtica y única utopía religiosa presente, tal como la siente nuestra sociedad y la vive buena porción de ella, es la comunidad.

Se llega a esta posición desde el significado de evangelización y, sobre todo, desde el carácter evangelizador de nuestra fe, que ha cobrado en la generación cristiana presente una categoría muy definida. Los creyentes de nuestra generación saben que el bautismo nos hace "en Cristo, sacerdotes, profetas y reyes" (Liturgia bautismal). Si el significado de utopía al que nos adherimos, tiene tanta importancia lo escatológico y trascendente no podemos negar que quienes la aspiran y viven, experimentan tiempo y que el tiempo, para el que es profeta, resulta constantemente una exigencia de revelación. El bautismo hace de cada cristiano profeta una Buena Noticia para su momento, para su cultura, para su espacio; así como Cristo fue y es Buena Noticia en su historia, en el univer-

so y en todos los siglos que dan testimonio de El. Ser Buena Noticia en este momento nuestro, de acuerdo a lo que la "palabra" nos enseña, es ser un anuncio del Reino: el bautizado es sacerdote, profeta y rey. El Reino de Cristo es la comunidad, en la que se realiza todo su plan: el de la historia y en el de la trascendencia, ecología y teología.

Tenemos unos valores que nos acercan al entendimiento de la utopía religiosa, en el análisis cristiano: palabra, reino, profecía, evangelización, tiempo, comunidad. Ensamblarlas es un precioso compromiso de vida de fe y de convivencia comunitaria. Intentaremos.

Después del Concilio Vaticano II, y como fruto de uno de los Sínodos que en él se originaron, Pablo VI le dio a la Iglesia un documento que no ha tenido parangón en la historia de ella hasta lo presente. No sería aventurado llamarle un Quinto Evangelio o un Código Evangélico. La "Exhortación sobre la evangelización del Mundo contemporáneo" titula su primer capítulo así: "De Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora". Se nos asegura que no es fácil llegar a una definición del significado de evangelizador (7). Pero el mismo documento (8), hablando de Jesús evangelizador nos abre camino para una definición: "Cristo en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un Reino, el Reino de Dios, tan importante que en relación a El, todo se convierte en "lo demás", que es dado por añadidura" (Mateo 6-33). El Pontífice insiste en su exhortación en prevenirnos sobre la dicha o bienaventuranza de pertenecer a ese Reino, afirmando que es una dicha paradójica, —la paradoja es una vecindad que frecuentemente anuncia la utopía—, conformada por valores que el mundo rechaza: pobreza, lágrimas, paciencia, hambre y sed, limpieza de corazón, trabajo por la paz, solidaridad en el sufrimiento y en la edificación social. (Mateo 5 - 7).

Considero imprescindible transcribir un párrafo del documento que venimos comentando, en el que se nos ofrece con nitidez un análisis de la íntima relación de Reino con Buena Noticia y, por lo mismo, la determinación de Cristo al constituir la comunidad como centro y objetivo propio de evangelización (E. N. 11):

“Cristo llevó a cabo esta proclamación del Reino de Dios mediante la predicación infatigable de una palabra de la que se dirá que no se admite con ninguna otra: “Qué es esto?: una doctrina nueva y revestida de autoridad” (Marcos 1 - 27), “Todos le aprobaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca” (Lucas 4 - 22), “Jamás hombre alguno habló como éste” (Juan 7 - 46). Sus palabras desvelan el secreto de Dios, su designio y su promesa, y por eso cambian el corazón del hombre y su destino”.—Cómo realiza su designio y su promesa y dónde actúa para cambiar el corazón del hombre y su destino?. El mismo documento nos responde de seguida diciéndonos que Cristo establece unos signos evangélicos indiscutibles por los que aclara su designio y afirma su promesa. Entre esos signos, amén de despertar muertos, dar pan a hambrientos y curar toda dolencia, hay uno fundamental: en su nombre se forma la gran comunidad de los que creen en El (Lucas 4 - 43 y Juan 11 - 52); esa comunidad recibe una orden, que es la sustancia de nuestra “utopía”: “Id y anunciad la Buena Noticia” (Mateo 28 - 19 y Marcos 16 - 15). Pablo VI termina con este comentario la proclamación de la cualidad evangelizadora de la Iglesia, descrita en las anteriores proposiciones: “La Buena Noticia del Reino es que llega y que ya ha comenzado para todos los hombres y de todos los tiempos; aquellos que ya la han recibido y que están en la comunidad de salvación pueden y deben comunicarla y difundirla”. La Iglesia es comunidad evangelizadora. Nos hemos acercado ya a las lindes

de la utopía.

Siguiendo las líneas del Pontífice Pablo VI, asumimos unas palabras fundamentales del Evangelio, como punto de partida hacia lo utópico: "Id y anunciad la Buena Noticia". Ese es el programa de la utopía. En pocas palabras se retienen un designio y un proyecto. También una problemática y posibles soluciones.

La palabra "id" tiene un imponderable contenido inmenso. Sobre todo predica una exigencia de desprendimiento de sí mismo. Para ir hay que salir de lo personal a lo desconocido abismal, misterioso trascendente. Caminar hacia lo trascendente, dejando lo personal e inmanente, entre la aventura y la esperanza, exige mucha tensión, generosidad, olvido de lo propio: sobrevienen las tentaciones de lo mágico y las confusiones entre lo real y lo ideal. El Evangelio recoge y nos ofrece momentos humanos evidentes de desgarramiento, despojo y desprendimiento íntimo y social en los que por seguir a Cristo, han debido dejarse a sí mismos: "dejaron la barca, el telonio, la casa, el oficio y le siguieron, sin saber a dónde", porque "las zorras tienen madriguera, pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza" (Mateo 8 - 20 y Lucas 9 - 38). Salieron de sí mismos y le siguieron.

De camino y dentro del seguimiento, la comunidad de Cristo vive un proceso de conformación, a veces lento, que en algunos momentos empieza la integración total. No olvidemos una severa discusión entre Jesús y Pedro, porque en el criterio de éste algunas palabras del Maestro, no tenían suficiente prudencia política. (Mateo 16 - 23). Hay quejas en el discípulo, porque Cristo usa muchas parábolas, demorando en la entrega de toda la verdad. Hasta se da el caso de un predilecto que le vende, Cristo fracasa de frente al duro corazón de Judas: había sido uno de los escogidos para formar la comunidad básica de Jesús. Las llamadas de Jesús y el tono de las respuestas humanas se repiten en la sinceridad

y prontitud, como en algunos cálculos y traiciones.

Sin embargo, a pesar de conocer esa posibilidad, Jesús no deja de llamar y a todos considera capaces de anunciar a debido tiempo la Buena Noticia y más aún, a pesar de haberles impuesto a sus discípulos, muchas veces, la obligación de guardar secreto como en el caso de la transfiguración y algún otro episodio excepcional (Mateo 17 - 9), les hizo comprender que ese silencio sacrificador, macera y madura la palabra y prepara el corazón para transmitir a tiempo la Buena Noticia y darles poder de seguir trasmitiéndola a aquellos que recibirán de sus labios y de toda su vida la llamada a conformar la comunidad creyente (Juan 17 - 20).

Si el “id”, desde la palabra o el silencio, desde la fascinación seguidora o desde el dolor del desprendimiento, fue el punto de partida para la congregación de la comunidad; el “anunciad la Buena Noticia” resulta la sustancia integradora de la vitalidad comunitaria. Lo esencial en la comunidad es vivir la Palabra anunciándola existencialmente, en toda parte y circunstancia, a tiempo y a destiempo (2 Timoteo 4 - 2).

En este instante es preciso recurrir a una de las expresiones evangélicas que permiten comprender mejor cómo se vive la Palabra, o cómo la comunidad se realiza existencialmente en la Palabra viva, llena de vida y comunicadora de ella. Para los que amamos los riesgos y las consecuencias íntimas de nuestra fe, siguiendo a Vaticano II, aceptamos indiscutiblemente aquello que se dice en Lumen Gentium 11 sobre la Eucaristía: “summum y cumbre de nuestra fe”. Si todo sacramento tiene un sentido y destino comunitario, los invitados a la mesa del Señor, sentimos en la convocatoria y comensalidad una llamada a la comunidad que se enraíza en el sentido interior del ser, en lo fundamental de la fe. En la institución de la Eucaristía y en la renovación sacramental de ella, los que tenemos la bienaventuranza de realizarla, pronun-

ciamos con amor y sobrecogimiento, las palabras consagradoras de Cristo, como si fuéramos El, como si viviéramos su tiempo, su instante de entrega y de poder y, llegamos a pronunciar con una ternura agradecida para con El, las palabras finales de la consagración: “Haced esto en memoria mía” (Lucas 22 - 19). Al vivir estas palabras, hay un encuentro de todos los tiempos en la memoria de amor; el amor le da a la memoria la capacidad de hacer presente todas las verdades de los siglos; Dios le da al hombre una participación muy íntima en su propio Ser Buena Noticia.

Podríamos decir con propiedad que todo lo que hacemos en memoria de El nos hace partícipes de su vida, porque su memoria es vital y el ejercerla o reanimarla es sustancialmente existencial. “Donde dos o tres están consagrados en mi nombre, allí estoy yo” (Mateo 18 - 20). Y su nombre en su definición, explica su designio y su designio es vida.

Digamos con sinceridad que estas verdades dogmáticas, de cara a la palpable grosería de la existencia diaria y al realismo de sus exigencias, no suelen hacer el milagro de conformar comunidades ideales, perfectas, armónicas. Tal vez conforman grupos de devoción o ciertas sociedades de tendencia apostólica. La comunidad evangelizadora que trasmite la palabra que vive, tiene que pasar por un proceso, generalmente lento y costoso de desprendimiento personal y asimilación social. La palabra de Dios —el “sígueme” de Cristo— (Juan 21 - 20) es persistente e incansable. Cristo siempre habla. Hasta su silencio es transmisivo. No se cansa de congregar. San Juan de la Cruz dice que “el amor ni cansa ni se cansa”. Pero la convivencia de la palabra, el recibirla, participarla, comunicarla y construir con ella todo el argumento de cada día, es el lugar humano y el sitio social en donde comienzan los posibles difíciles de la “utopía”.

La convivencia comunitaria, convocada por la Palabra única, que es Cristo y que jamás puede ser otra, trae consigo todos los problemas que suelen aparecer en la conformación de cualquier cultura, más aquellos que siempre inciden en todos los procesos de creencia, expuesta a la angustia, la duda o el retorno a los sentimientos primitivos. La cultura universaliza lo personal y subjetiviza lo universal. Las dos fases, puestas a nivel de fe, implican grandes problemas de adecuación mental y de asimilación cordial. Conocerlos, fijarlos, establecer sus orígenes, purificar sus exigencias, moderar sus violencias, importa esfuerzos muy grandes. Los comprometidos en la formación de comunidades debemos sufrir mucho hasta llegar a una comunitaria aceptación y reflexión de la Palabra, para que ella pueda ser estímulo y fuente de vida. Entonces se siente el valor de una verdad cordial enseñada por Cristo: "Mi carga es ligera y mi yugo suave. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11 - 29). Se puede aprender menesteres de corazón, se puede asimilar mansedumbre y humildad.

Hemos llegado, por el yugo y la carga, por la humildad y la mansedumbre —cuatro realidades que determinan pobreza— al espacio de la realidad comunitaria en el que, por una parte se realiza el plan de Dios y, por otra, se vive en la comunidad las presiones del mundo por destruir ese plan. "Yo me regreso a Tí, Padre Santo, pero ellos se quedan en el mundo", (Juan 17 - 11).

José Gómez Izquierdo, entregándonos una definición de pobreza, la identifica con incertidumbre; tan sólo sabe lo que es la pobreza la que ha debido vivir cualquier estado de incertidumbre. En la práctica de conformación de nuestras comunidades cristianas de base, en cuya figura pensamos siempre que hablamos de comunidad, en cuanto concreción de utopía, encontramos que la íntima y natural relación de pobreza con Palabra de Dios, confi-

guran la comunidad. Los que viven pobreza auténtica se demandan interiormente, libres de los estorbos que le llegan al pensamiento desde la hartura, —cuáles pueden ser las razones por las cuales el pobre tiene mayor capacidad de escucharle y entenderle a Dios y para comprender— en su palabra la propia pobreza. Si el hombre busca esas razones, alrededor de su situación, se siente frente a muchas otras personas con la misma demanda a la vida o con algunos técnicos que le ofrecen programas de solución para sus incertidumbres.

Las comunidades saben que, aunque se hayan ofrecido muchas soluciones técnicas para todas las incertidumbres humanas, todavía no se llena la soledad, no se satisface el hambre, no se construye una choza, no se conforma una familia humildemente unida, con fórmulas, sistemas, teorías, promesas buenas o violentas. De allí nace una exigencia evidente: hay que unirse para comunicarse, hay que comunicarse para participar incertidumbres y buscar iluminación y serenamiento, hay que solidarizarse en el sufrimiento y en la liberación. A quien se puede acudir como comunicador, a quien se debe buscar como enlace coparticipador, con quién se cuenta para constituir actitudes y convivencias solidarias? Y las comunidades se dan una sola respuesta: a la palabra de Dios.

Nuestras experiencias frecuentes de encuentro de la Palabra de Dios con personas y comunidades que viven en incertidumbre, han conformado un fondo de fe vivida muy rico. Desde ese fondo podemos seguir sacando, inagotablemente unas consecuencias o resultados comunitarios, cuyo peso y valoración, nos permiten creer, sin dudas técnicas ni apriorismos pesimistas, que la utopía, en cuanto posible difícil, se está realizando entre nuestras comunidades de base. No en todas. Sí en aquellas en las que el ensamble humano y sobrenatural de incertidumbre con fe, de pobreza con

Palabra de Dios, nó es fórmula, sistema o teoría, sino experiencia humilde, verdad sencilla y realidad normal.

Estos son los principales elementos de experiencia que nos permiten creer firmemente en la utopía de la comunidad:

— La incertidumbre tiene muchos rostros y en cada rostro hay expresiones muy diversas de pobreza. Pero toda pobreza busca solidaridad.

— Es esta búsqueda, si alguien ofrece la Palabra de Dios, la respuesta de la incertidumbre-pobreza es inmediata y fiel.

— El pobre o incierto tiene una disponibilidad, muy desnuda y desposeída, para oír la Palabra; pero también exigen una interpretación muy humana de ella.

— Esta interpretación muy humana, no quiere decir jamás para el pobre-incierto una reducción del mensaje al nivel estrictamente material o social de lo humano; sino una palabra que llegue, profundice, se entremezcle con el dolor, con la esperanza, con el valor o coraje, con la alegría y solidaridad de los que, desde su incertidumbre, se sienten comprendidos, defendidos, amados.

— Por lo mismo, quien les entrega la Palabra, tiene que conocer profundamente su significado trascendente e histórico. El pobre y sobre todo los pobres que han descubierto cómo la Palabra les solidariza, les hace comunidad, exigen del que les entrega la Palabra dos condiciones: que la viva y que la interprete con la más fundamentada fidelidad.

— La comunidad llega “a vivir como hermanos” (José Luis Caravias), siempre que su fraternidad se siente vigorizada por la voluntad idéntica de ser hermanos —autenticidad— y por el sentido fiel, sobrenatural y humano, con el que les entrega el mensaje —fidelidad—.

— La fidelidad en la entrega del mensaje y la experiencia de una Palabra vivida, dan los argumentos comunitarios de Iglesia: la comunidad se reconoce partícipe de ser Iglesia, cuando la Palabra que les han entregado —evangelización— les hace vivir la misma caridad y justicia: fraternidad.

Esa es nuestra utopía.